

El eclipse

Miguel Pérez Mirabal

Aquel pueblo estaba de luto. Al pie de las casas humeaban incensarios improvisados hechos con ollas agujereadas, cuyo humo creaba una atmósfera tan húmeda como confusa. Las calles estaban abarrotadas: los pechos se comprimían, los hombros chocaban, los sudores se mezclaban y se exprimían las lágrimas de los ojos en una cercanía sofocante casi necesaria para evitar un desmayo colectivo. No se oía más que el intercambio de consuelos mudos y el rugido de las lágrimas rasgando los párpados de la gente. Los pies, por la inercia que solo la tristeza y el duelo son capaces de producir, peregrinaban hacia la plaza del pueblo, donde se celebraba el velorio.

Parece que aquel pueblo solamente nació para sumirse en un adormecimiento eterno. Conservaba con celo extremo una inmundicia sacratísima que se relegaba interminablemente entre generaciones. El oxígeno se rehusaba a habitar en el vaho acre que impregnaba el aire y que emanaba como pus del putrefacto cemento que era carcomido por las ratas en una ruina silenciosa. La gente vivía bajo el sedante que producía ese perfume tan terrenal y mundano que olía a muerte próxima, a excremento de cemento y a la pulpa marchita de los mangós que se podrían mucho antes de nacer en los patios de las casas. Las aceras, agrietadas y gruesas por las capas de mugre y musgo acumuladas a través de las décadas, se inclinaban violentamente hacia las calles; los edificios se hundían levemente con el paso de los vehículos, los techos se doblaban sobre los hogares como planchas de papel; las escalinatas de las casas se diluían con la cerveza derramada en las aceras; en fin, aquel pueblo, que se llamaba Callizo, vivía en una lenta y constante caída libre que amenazaba con ahogarlo en el fondo del río Estigia.

En la plaza de Callizo, abrazada por la parroquia, la lóbrega alcaldía, la oficina de un dentista fallecido hacía dos décadas y un garaje de gasolina, se celebraba el velorio. Bajo decenas de carpas, se vendía y veneraba todo lo que le hiciera sentir a aquella gente que Callizo no se les escurría por las manos. Los ancianos tomaban sus ahorros de vida y se llevaban todo lo que pudieran conseguir: botellitas con extracto de las aguas que bajaban por los desagües, imágenes de los gatos que competían para robarle la comida a los indigentes, arreglos florales hechos con las enredaderas que estrangulaban las líneas eléctricas, camadas de las ratas que domesticaba la curandera, estampillas de la Inmaculada Concepción, velas con olor a las heces enterradas en las aceras y amuletos hechos con plumas de los cuervos que descansaban sobre los techos de las casas. Luego de un par de horas y al borde de la histeria, se obviaron las transacciones y las personas empezaron a dar todo lo que tenían: el laboratorio hacía estudios de orina gratis sin órdenes médicas, el colmado repartía platos de mondongo y mollejas, el barbero regalaba cortes al ras con navaja, los pastores sorteaban los púlpitos y las farmacias lanzaban medicamentos discontinuados. El desconsuelo y el intercambio descontrolado era tal que quien regalaba algo volvía a tenerlo en las manos después de unos minutos cuando ya había pasado por todo el gentío; toda aquella carne se cocía en un mismo guisado de lágrimas, maldiciones y oraciones entre dientes.

Entre el tumulto de personas flotaba un apellido que era pisoteado, escupido y flagelado a la menor provocación: Ortega. Hacía un mes el alcalde de Callizo, José Luis Ortega y su hermano, el venerable bichote del área, Héctor Ortega, habían vendido el pueblo a una agencia publicitaria que construiría un centro de convenciones en el mismo pueblo. Según indicaban los planos, clavados en la puerta de la parroquia, el edificio era tan ancho como todo el casco urbano y se alzaría hasta el vértigo. Callizo convulsaba y ardía en fiebre mientras se iban rasgando los nudos que impedían que aquella gente se fuera flotando por la atmósfera pegajosa y húmeda.

Además, aquella tarde, exactamente a las cinco y cuarto, Callizo iba a ser testigo del único eclipse que había vislumbrado el país. Para muchos, particularmente para el plomero del pueblo, era un signo claro de Dios, pero para el diácono, no. Desde que la noticia del eclipse se publicó en el periódico, el diácono salía de su casa cada madrugada con una botella vacía de detergente con la base rota, pegaba sus labios a la boquilla y comenzaba a dar alaridos por todo el pueblo jurando que el eclipse era un complot maquiavélico que intentaba distraer a los callizanos de la verdadera amenaza, el exilio forzado. La víspera del eclipse enlentecía el tiempo y cada segundo se escurría, viscoso, en el calor de aquel pueblo delirante.

Callizo temía el silencio. De cierta manera, el ruido ayudaba a llenar el abismo que el miedo abría a sus pies. Una horda de niños comenzó a repartir unas gafas de cartón con lentes oscurísimos hechos con hojas de papel empapadas en aceite de motor que habían hecho para poder ver el eclipse como proyecto final del semestre escolar. Ingenuas, las personas trataban de traducir lo que veían por las gafas, no obstante, la ansiedad nublaba el aire que se imponía, impenetrable.

Todo se había congelado, expectante. Los pulmones se rehusaban a exhalar el aire tenso que contenían y los corazones se acompasaban a la métrica de uno de esos boleros que solo suenan en velorios. Se abrieron las puertas del templo y el párroco y el diácono salieron con unas hojas de romero y un balde en mano para derramar agua bendita sobre el pueblo entero. Con el contacto del agua contra la piel, las gotas borboteaban y soltaban un chillido agudo; todo allí se evaporaba a medida que pasaban las décadas de los minutos. El diácono berreaba algo sobre la ira de Dios y se rehusaba a aceptar las gafas que le ofrecían los niños, convencido de que no las necesitaba, porque no iba a haber eclipse. Todo, todo se deshacía bajo ese Sol que por cuatro minutos desaparecería de aquel diminuto universo.

Aquella plaza ya no soportaba la espera. No había persona que no tuviese la cabeza tirada hacia atrás, tosiendo por el atragantamiento de las lágrimas y por la pena que quería estallar por las tráqueas. En la comisura del Sol comenzaba a notarse una hendidura, como si un gigante se lo tragara a mordiscos. Los gritos de los niños helaban porciones del aire caliente que se escurrían entre las personas como fantasmas. Un poeta, el único imbécil de aquel pueblo que usaba un lápiz para algo que no fuera hacer marcas y tomar medidas, soltó unos versos pobres y nostálgicos dedicados a aquellas calles funestas; pero no pasó mucho tiempo antes de que la orquesta de gemidos y súplicas a la Virgen retomara su protagonismo.

El suelo comenzó a temblar como si Cerbero acechara aquella plaza desde las profundidades del infierno. Los ladridos intermitentes arremetían contra los tímpanos de las personas con tal fuerza que se desplomaban por la agonía. En el caos, se anudaban las gargantas y se irritaban los ojos, pero nadie paraba de admirar cómo el Sol iba siendo eclipsado por la Luna, como si estuviesen hechizados irreparablemente. El pueblo rogaba sin cesar para encontrar en la melena que se iba formando alrededor del Sol un brazo que lo sacara de la condena que sufría.

El eclipse se había consumado y, súbitamente, el silencio fue total. El escándalo se congeló en un instante y se arrojó al vacío, arrastrando a todos los que allí comenzaban a quemarse bajo el aro de fuego. Bullía el aire, alzando la temperatura hasta hervir los últimos gramos de esperanza que se preservaban en los corazones del gentío que se empezaba a dar cuenta, decepcionados, de que aquel eclipse carecía de toda ayuda divina. Del fondo del gentío se escuchó un llanto que rasgaba el silencio como un rayo corta la noche. No era un llanto como los tantos otros que habían nacido y muerto aquella tarde accidentada, sino que era un llanto puro, casi bendito, casi immaculado. No era un llanto de alegría ni de tristeza; ni de nostalgia ni de victoria; no era miel, pero tampoco hiel; ni siquiera era digno de notar, pero poseía una pequeñez tan enternecedora, que

en el espíritu de la gente comenzó a agitarse una bandera muda, de una textura que nadie descifró y de un color que nadie comprendía. El llanto era tan subliminal y melodioso que el pueblo deseó permanecer por siempre en aquel eclipse, en aquel velorio, con tal de escuchar el manantial sagrado.

Dámaso, era el nombre del diácono que, habiendo derramado toda el agua bendita y sorprendido por el alboroto, alzó la vista al cielo. Descubrió, con la franqueza de un puñal clavado en el estómago, el aliento helado de la verdad. La Luna no era más que el monumental brazo de una grúa de construcción que se había acercado en el revuelo de aquel apocalipsis y ahora se erguía frente al Sol. Las inmensas ruedas dentadas habían destrozado las calles; el agua se disparaba de las reventadas tuberías subterráneas y comenzaban a llenar la plaza de agua pestilente; las líneas eléctricas se caían y se amarraban al mar de gente; y todo se regía bajo un desorden absoluto. Sin embargo, quizás por el miedo o simplemente por la teatralidad de la vida, aquellas personas se rehusaban a escuchar todo lo que les rodeaba, excepto el llanto ligero de Dámaso; y no veían el desastre que traía la flota de máquinas de metal que se aproximaba, solo la falsa silueta del eclipse.

El diácono no fue capaz de alarmar a aquel pueblo que ya estaba hundido en ese gran diluvio. Callizo era un océano que nacía de los acueductos rotos y las personas que ahora se rehusaban a despedirse de él, islas náufragas. Dámaso lloró inconsolablemente y aquel pueblo lo escuchó en el silencio de los silencios, enamorándose de las entonaciones de sus sollozos y de la cadencia de las lágrimas cayendo al mar que se alzaba. El llanto se hacía más agitado, las notas se entrecortaban, se alzaban y se sostenían. El aire se contuvo y Dámaso lloró a un tempo impresionante, marcando un crescendo inigualable que alcanzó el clímax de la emoción, en un paroxismo musical escalofriante. Justo cuando las personas creyeron no haber escuchado pieza musical tan conmovedora, el llanto se detuvo dramáticamente. El mundo dejó de ser tan mundo en

la pausa de esa melodía y en la marea que comenzaba a arrastrar los cuerpos, a barrer las paredes y a hundir los cimientos nació en el espíritu del pueblo algo inaudito. En el silencio sepulcral del velorio y la cadencia final del diácono Dámaso, Callizo sintió, por un momento y por última vez, la esperanza de ser inmortalizado en el torrente que lo arrancaba de la tierra y lo soltaba a la deriva del olvido, el llanto y el cemento.